

Ver, oír y...contarlo

La vegetación del páramo

Don Julián Marías dice en "La Vanguardia":

"Se trata—no hay que decirlo—del famoso "páramo cultural" español de los últimos decenios. La imagen ha sido moneda corriente desde poco después de la guerra civil. Primero circuló fuera de España; se suponía que en ella no quedaban más que "curas y militares", y ni rastro de vida intelectual, refugiada en la emigración. La propaganda oficial, mientras tanto, afirmaba que se había eliminado—hacia el cementerio, la emigración, la prisión o el silencio—la escoria "demoliberal" y se había restablecido el esplendor "imperial" de España, ejemplificado en nombres de los que hace mucho tiempo nadie se acuerda, y que no es pladoso recordar.

Hace mucho tiempo que quedaron atrás, desmentidas por los hechos, las dos versiones, si se quiere, las dos caras de la moneda falsa, de curso "legal" cada una de ellas en campos acotados y para propósitos muy definidos. Sin embargo, ahora reverdece la primera, destinada primariamente al consumo de los jóvenes nacidos a la vida histórica hace poco tiempo, un decenio o dos a lo sumo, que tienen más presente imagen de los últimos años y confunden los tiempos que no han vivido.

¿Cómo es posible que pueda usarse—y prosperar—la imagen del "páramo"? Los jóvenes tienen ante los ojos, sobre todo, las instituciones en las cuales estudian, a las cuales tienen acceso; y se podría hablar, en efecto, de un páramo institucional desde que la guerra arrasó las universidades, el Centro de Estudios Históricos, la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes y la de Señoritas, y en muy buena medida las academias. Se les ha dicho además, incansablemente, que no han tenido maestros—lo cual ha contribuido tanto a que no los tengan aunque los haya, a que renuncen a ellos y no los hagan suyos. Se ha tratado de inculcar en sus mentes la idea de que sólo en los últimos años—a lo sumo desde 1956—ha habido intentos de resistencia a la falta de libertad, de afirmación de las opiniones discrepantes, de ejercicio de la inteligencia. Es decir, hasta que han empezado a hacer algo los interesados en difundir esa imagen. Todo lo anterior—y, en definitiva, todo durante cuarenta años—ha sido el páramo intelectual de España.

La verdad ha sido muy distinta. En "La España real" he escrito: "La libertad empezó a germinar y brotar, como brota la hierba en los tejados y en las junturas de las losas de piedra. Sería apasionante y conmovedor hacer una historia fina y veraz del tímido, vacilante, inseguro renacimiento de la libertad en España". No puedo hacerlo aquí—lo he hecho, parcialmente, en otros lugares, desde hace un cuarto de siglo, por ejemplo en "El intelectual y su mundo", 1956, publicado en Buenos Aires, prohibido muchos años en España; en "Los españoles", en "El oficio del pensamiento", en "Innovación y arcaísmo"—; voy a limitarme a recordar algunos hechos, algunos datos, todos ellos anteriores a la muerte de Ortega, a fines de 1955; es decir, en el apogeo del supuesto "páramo".

La guerra civil—en ambas zonas—significó la ruptura de la continuidad, la casi total extinción de la vida intelectual, el dominio de la propaganda, la persecución de la verdad, el triunfo del partidismo. Sin embargo, en la zona republicana, en Valencia y luego en Barcelona, se publicó la revista mensual "Hora de España", que mantuvo un decoro intelectual y literario sorprendente en medio de una feroz discordia civil. La noble pluma de Antonio Machado honraba todos los números de la revista, y a su sombra colaboramos muchos que no hemos tenido nunca que avergonzarnos ni arrepentirnos de lo que allí escribimos. No sé si en la otra zona hubo algo comparable—no ha llegado a mí noticia—, pero hay que hacer constar que, terminada la guerra, desde 1940 y durante los dos años de dirección de Dionisio Ridruejo y Pedro Lain Entralgo, "Escorial" significó un esfuerzo de reanudación de la convivencia intelectual y de los derechos de su ejercicio. Y, en forma ya más independiente, no se olvide lo que fue "Leonardo" en Barcelona, y desde 1946 "Insula" en Madrid (puede repasarse el índice de esta revista que hace unos veinte años compuso Consuelo Berges y que no puedo ver sin admiración y una nostálgica melancolía).

Tres son los elementos que pueden distinguirse en los años posteriores a la guerra: 1) La exclusión de los disidentes por el Estado y las fuerzas políticas que lo respaldaban, su recuperación por el resto de la sociedad. 2) La reanudación de la continuidad intelectual por parte de los grandes escritores. 3) La aparición de otros nuevos, de las generaciones posteriores a la guerra.

Tan pronto como fue posible, quiero decir desde el término de la guerra mundial, que había impuesto un casi absoluto aislamiento, se empezó a hablar de los escritores emigrados. Mientras la censura proscibía sus obras y hasta se tachaba con indeleble tinta negra su nombre al frente de la edición de un clásico, "Insula" fue el órgano principal de su difusión y comentario. En el "Diccionario de literatura española" de la "Revista de Occidente" (1949) hablé de Alberdi, García Lorca, Salinas, Guillén, Antonio Machado, Azaña, Gómez de la Serna, Casona, José Gao, y allí aparecían igualmente otros muchos, sin otro criterio que la calidad y la información disponible.

Los grandes autores de la generación del 98, de las dos siguientes, empezaron muy pronto a escribir, y una parte esencial de su obra corresponde a los años que estoy recordando."